

Fragmento de libro inédito

Andrea Crespo Granda⁴

No tengo posesiones ni dinero, sin embargo, mis Padres han labrado un terreno de tal forma que está listo a mi llegada. Y al inicio del día ocupo un trono compuesto de plumas azules y escribo poemas sin desarticularme hasta la media noche o hasta que un astro se encuentra perpendicular a mi coronilla.

Mis Padres me alimentan con todo lo que pido —bayas, diversas aves, almendras y cráneos de quienes me han infundado—.

174

Todo esto hacen hasta que el poema fabrica selvas en sus uñas. Pero la lubricidad es un silencio, solo se presentan apariciones: zarzas ardientes en el filo de las veredas. Entonces, el silencio del espino lubrica las garras y empiezo a desmembrarme; mis Padres ya cuentan con una caja de herramientas en caso de perder algún nervio o ligamento.

Todo esto hacen para que el verso no deje de colocar las selvas en sus uñas y puedan dormir en las lianas que se construyen contra las hojas, contra los astros y contra el silencio.

Me bañan mis Padres y arropan mi cuerpo con sus escamas, aun cuando la mano sigue soñando el poema.

4 Andrea Crespo Granda (Guayaquil, 1983). Ha publicado los poemarios *L.A.Monstruo* (Cadáver exquisito ediciones), *Registro de la Habitada* (Premio Aurelio Espinosa Pólit 2016) y *Libro Hémbrico* (Premio David Ledesma Vásquez 2017). Es docente de la Universidad de Las Artes

1

Temporadas

No he escrito nada serio desde que vi el mar y el
fuego.

Esto que era una niebla es la casa bordada de ramas:
cuadrantes de árboles la protegen.

La sal se quema y cruje como mi espalda ensortijada
con una lamida de buey y los columpios del recreo.

He escrito

y después de 7 lustros regreso como Lázaro tras de
una breve siesta.

Sacudo las espinas y el polvo de mis ropas.

175

Esto que era la infancia es una caverna,

una insinuación

en el breve espacio

en el mar de fuego.

El señuelo de algodón baila en el iris del mar,
en un cementerio de anémonas.

Empiezo a reconocer esto que escribo
titubeando en el filo de la cuchilla

—me aturdo—.

Ser pequeña nube cernida sobre la cabeza, vigilia de
metáfora que perdura en los siglos.

Y hoy, la pausa colma.

Puede caber en una ola. En un nautilo invertido.

Mientras otros siguen descifrando el intento de la
vía láctea.

I.a. Temporada de avispas

Las avispas se engordaban con la sangre que caía
despacio y sin rigor, desde los canaletes azulados de
la casa.

Arroyuelos místicos añejando coágulos oscuros y
pesadillas lunares.

176

El aguijón de los insectos cobró venganza en las
sílabas de los ancianos y se insertó, meditabundo, en
las palmeras.

Una tarde, las avispas ingresaron a la casa. Fue un
enjambre perfumado de vicios y anécdotas. De pronto,
el Obispo dictó una homilía —pero solo yo podía ver
su sustancia de insecto—.

En los espejos su engaño caía,
eran costras de panela ardiente.

Estos fueron los tiempos en los que aprendí a
esconder las manos ante el fervor.